









































mentos estelares de la vida burguesa: los hedonistas desayunos dominicales. Sólo de nombrarlos llega a esta página el persuasivo olor del café recién hecho. Sus reproches por mis deserciones han sido tasados por ella, no obstante, de modo liberal y discreto. También los de mis hijos Rafael y Guillermo. Con la excusa de forjar su carácter cuando eran chicos, y a menudo ayudado de los más indecentes y peregrinos embustes y promesas, les he arrastrado conmigo, robándoles cientos de horas de ese sueño que sólo en la infancia merece el nombre de profundo. Pese a ello, no me han guardado rencor, si no me mienten. Y de mentirme, también lo comprendería, aunque lo cierto es que han seguido acompañándome muchas veces más, ya de adultos, sin que se lo pidiera, buscando en el Rastro acaso su propia infancia perdida. Esa, la suya, nunca he dejado de llevarla conmigo desde entonces como el regalo más preciado que se me haya hecho, para ponerla junto a la mía, un poco más desvalida. Y, en fin, mi recuerdo también para aquellos con los que he compartido alguno o muchos Rastros, de manera circunstancial o endémica, amigos asiduos, como José Vázquez Cereiyo, Juan Marqués, Manuela Romero, Nieves García, Ana Pérez Cid, Carlos Pascual, Emilio Aleman de la Escosura, Carlos Sambricio, Jesús Pérez, Antonio Fernández; compañeros intermitentes, como Alice Déon, Juan Ballester, José Carlos Cataño, Manolo Gulliver, Gabriel Sánchez Espinosa, Javier Fernández, Abelardo Linares o Carlos García-Alix, y visitantes esporádicos a los que hemos mostrado el Rastro como en visita guiada. Y claro, a todos los demás: rastrosos (los muy queridos Vicente Verona y Juan Manuel y Vicente Cáceres, Ignacio Penalva, los varios Antonios, los dos o tres Pepes y los que ya se fueron, Fina, Rafael, Juanito, Pepe Berchi y Antoñita y tantos) y rastrómanos, almonedistas, gandules, zarracatines, chamarileros, traperos, trapalones, manguis, trapisondistas, soguillas, aljabibes, baratijeros, saldistas, gitanos, payos, regatones y demás. Y, naturalmente, al amigo a quien dedico este libro, con el que he compartido la mayor parte de las mañanas de Rastro, que, si a mí no me salen mal las cuentas, deben de rondar las dos mil. Tampoco tantas.

*Madrid, 23 de enero de 2018*